

## CINCO DÍAS EN MARRUECOS

*Diego Ruiz-Castizo*

*(Profesor del IES Rodrigo Caro. Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)*

En julio de 1998, aprovechando una estancia en la casa de un primo mío, en Ceuta, hice una gira de cinco días por Marruecos. Las líneas que siguen son el relato de las distintas peripecias ocurridas durante ese viaje.

### *Lunes 13 de julio*

Amaneció el día ligeramente nublado. Miré por la ventana del salón y vi que la bocana del puerto de Ceuta quedaba oculta tras la neblina. A las ocho de la mañana mi primo Rafael me lleva en su coche hasta el Hospital Militar para recoger el mío, que estaba allí aparcado. Nos despedimos en la carretera general que lleva a la frontera. Después de pasar la aduana española sin otro trámite que mostrar el pasaporte, llego a la parte marroquí, donde un policía joven, de aspecto ligeramente desaliñado, me ordena detener el coche. Se dirige entonces hacia mí y me pide la documentación del vehículo y el pasaporte; cuando bajo del coche, me mira con cierto aire de complicidad, y me pregunta si quiero cruzar la aduana sin perder demasiado tiempo en la ventanilla. Yo, que ya he sido prevenido por mi primo de la arbitrariedad de la policía marroquí, le contesto que sí. Se introduce entonces en una oficina próxima y observo desde fuera cómo deja mi pasaporte a un funcionario sobre su mesa; a continuación me pone en contacto con un muchacho de aire ocioso que me lleva a una especie de casetilla a pocos metros de allí para registrar el vehículo. Mientras relleno una ficha, que él mismo me ha facilitado, con los datos del coche, me dice en voz baja que prepare 50 dirhams –unos cinco euros– para el policía. Yo, que había previsto 30 dirhams, cojo otro billete de 10, y le doy los 40 dirhams discretamente. Cuando un par de minutos más tarde el mismo muchacho me trae el visado del vehículo y el pasaporte, me dice de manera insolente y despreciativa que lo que le he dado “no es nada”. Le contesto diplomáticamente –reprimiendo mi indignación– que en otra ocasión seré más generoso. El policía me ordena entonces que ponga en marcha el coche y siga hacia adelante, donde a unos cincuenta metros se encuentran varios policías inspeccionando el contenido de los vehículos. Se me acerca ahora un nuevo policía, barrigudo y algo más mayor, y me pregunta –éste ya en francés– si tengo algo que declarar; le digo que nada aparte del equipaje. Insiste, y me pregunta con cierto aire guasón si llevo armas; le digo sonriendo que no; vuelve a insistir: que si llevo alguna bomba –el tono del

interrogatorio es ya de abierto pitorreo-; no puedo aguantar la risa, y le contesto de nuevo que no. Me ordena entonces abrir el maletero, y cuando ve mi equipaje –una vieja mochila, un saco de dormir, varias bolsas de plástico...- no se molesta más y me dice que lo cierre. Se aproxima ahora un nuevo funcionario, éste de paisano, y pega en el interior del parabrisas un sello de matriculación temporal; me pregunta tímidamente que si puedo darle algo; aunque empiezo a estar harto de la situación, pues llevo más de una hora en la aduana marroquí, le digo amistosamente que la próxima vez será. Me ordenan entonces continuar, y cien metros más adelante hay un último control con barrera; cuando me detengo, se acerca otro policía que revisa mi pasaporte, el sello adherido al interior del parabrisas, y me ordena continuar.

Por fin estoy en Marruecos; son las nueve y media de la mañana. Una hora más tarde paso por Tetuán, pero no me detengo, pues tengo previsto llegar a Fez a la hora de comer. Sobre las once –nueve de la mañana según el horario marroquí- llego a ChefChaouen, más conocido como Chaouen, y allí sí lo hago, pues me habían dicho que era una población bastante representativa de lo que puede ser el Marruecos tradicional. Después de dejar el coche aparcado en la vía principal, me doy una pequeña vuelta por las callejuelas del núcleo urbano. Atravieso el mercado, que en ese momento está en todo su apogeo, y compro algo de fruta. Empiezo a sentirme impresionado por lo que estoy viendo: las calles, las plazas, el mercado, atestados de gente; pequeñas tiendas, tenderetes por todas partes, todo el mundo comprando, vendiendo algo; y también muchas personas ociosas, mayoritariamente hombres, sentados en las terrazas de los cafetines, en los bancos de las plazas, en los poyetes junto a las puertas de las casas, mirando, observando con descaro a los forasteros, sobre todo si son extranjeros como era en mi caso.

Continúo hacia Fez por una carretera bastante accidentada, con abundantes tramos sin asfalto o en obras; el calor empieza a ser sofocante. Por fin, sobre las tres y media –una y media, hora de Marruecos- llego a la antigua ciudad imperial. Fez fue en la época medieval la capital intelectual, política y religiosa de Marruecos. El principal vestigio de su pasado esplendor es la Karaouiyne, universidad fundada en el año 859, considerada como la más antigua del mundo, y convertida hoy en escuela coránica. A la entrada de la población paro en una gasolinera, y cuando termino de repostar y me introduzco en el coche, se me acercan dos chicos jóvenes, veinteañeros rozando la treintena, en una moto todoterreno, y me pregunta el que la conducía –en español- si busco hotel. Le doy una contestación evasiva y me pongo en marcha. Comienzan entonces a seguirme hasta llegar a ponerse a mi altura; el conductor, que tiene un enorme desparpajo, me dice, gritando, que no malgaste gasolina, que pueden guiarme hasta un hotel no muy caro, que dispone además de una refrescante piscina. Yo, que he sido advertido sobre la obstinada insistencia de los espontáneos guías marroquíes, decido seguirles por pura comodidad. Me introducen en la ciudad y comenzamos a callejear. En un momento dado cambio de idea, y opto por darles el esquinazo girando a la derecha en el cruce de dos calles; sin embargo, no más de un minuto más tarde los tengo otra vez a mi lado al parar en un semáforo. Como veo que va a ser imposible librarme de ellos, les pregunto por el precio de la habitación; me contestan que 200 dirhams; les digo que busco algo más económico; me aseguran que el precio no es ningún problema, y me llevan entonces a un hotel donde un empleado me muestra una habitación doble en un estado razonable por 70 dirhams –unos 7 euros-. Agotado por el calor y el cansancio del viaje, decido cogerla. Cuando

voy a darles una propina por sus servicios, me dicen que no es necesario; que en realidad su cometido es servirme de guía durante mi estancia en Fez. Les respondo que estoy de acuerdo, pero que necesito darme una ducha y descansar. Quedo con el que finalmente será mi guía, el que iba en el asiento trasero y que parecía más discreto, que se llama Hassá, a las siete de la tarde, hora marroquí, en verano siempre dos horas menos que en España. Después de ducharme, duermo un poco, y sobre las cinco salgo a dar una vuelta y merendar, pues aparte del desayuno, sólo he comido fruta. A las seis estoy de nuevo en el hotel, y me encuentro con Hassá que ya me está esperando. Subo entonces a la habitación para dejar algunas cosas, y cogemos el coche para movernos por la ciudad.

El primer sitio adonde vamos es un mirador sobre una colina, desde donde se ve toda la medina o casco histórico de Fez; la medina está dividida en tres zonas: el barrio andaluz, llamado así por estar habitado por musulmanes andaluces que abandonaron la península en la época de los Reyes Católicos; el barrio judío o *mellah*; y la Karaouiyne, barrio en el que se encuentra la antigua universidad y que es la zona propiamente árabe. Bajando del mirador nos acercamos a ver un horno de cerámica donde me explicaron todo el proceso de fabricación, para pasarme posteriormente a la sala de exposición. Le digo a Hassá que no estoy interesado en comprar nada por el momento, y que mi único interés es conocer los lugares típicos y escuchar todo lo que me pueda contar sobre ellos. Me responde ásperamente que no estoy obligado a comprar nada. Ya en el interior de la medina, a través de un intrincado laberinto de calles estrechas repletas de comercios y de gente, me lleva a una tienda de objetos de cuero donde otro amable joven me muestra desde un amplio mirador situado a gran altura las pilas circulares de atractivos colores en las que se realizan las labores de curtido y tinte del cuero; la vista es realmente bella. Allí sí me decido por comprar unas babuchas y un pequeño estuche de cuero. Posteriormente me conduce a un telar de alfombras, asegurándome que sólo se trata de visitar la casa, que posee un gran valor arquitectónico. El empleado del establecimiento me habló del valor artístico del edificio, llamando mi atención sobre el artesanado, que efectivamente era una verdadera joya de madera policromada; a continuación me ofreció té y comenzó a mostrarme todas las alfombras de Fez y de parte del Atlas. Interiormente me lamentaba por estar perdiendo el tiempo de aquella manera, pero evidentemente estaba pagando el precio de mi ingenuidad. Del telar pasamos a un taller de artesanía del metal, donde, después de rechazar amable pero rotundamente las labores del artesano, me enfadé ya abiertamente con Hassá, mi despiadado guía. Me sugirió entonces ir a cenar a un restaurante típico de la medina, y como vi que no renunciaba a su intención de saquearme de la manera que fuese, decidí pagar sus servicios y despedirlo definitivamente. A la hora de fijar el precio también tuvimos problemas, pues pretendía que le diera 150 dirhams; le di 100 dirhams, sabiendo que era bastante más de lo que normalmente se acostumbra a dar. Se mostró muy enfadado, me condujo adonde estaba aparcado el coche, y se limitó a explicarme de mala gana el camino de vuelta hacia el hotel. No me importó, pues me daba por satisfecho con perderlo de vista. De regreso al hotel, consideré la penosa experiencia como el “bautizo” de mi entrada en Marruecos. Unos deliciosos pinchitos morunos en una tranquila terraza me sirvieron de consuelo antes de retirarme a dormir.

*Martes 14 de julio*

Me levanté muy temprano –a las cinco y media-, pues ese día tengo previsto

ir hasta Marrakech, que se encuentra a 490 kilómetros de Fez. Después de desayunar recorro con el coche las principales avenidas, y me pongo en camino hacia Meknes o Mequínz -que está a 60 kilómetros- a través de una autopista recién construida que va hasta Rabat. Durante el trayecto, en una espléndida mañana fresca y soleada, comienzo a sopesar la posibilidad de cambiar de itinerario: ir primero a Rabat, y dejar Marrakech para la siguiente etapa. El sentido común me lleva a eludir un recorrido de 490 kilómetros por una carretera que desconozco, y que puede convertirse en un verdadero suplicio debido a las altas temperaturas. Decido hacer una parada en Meknes para ver superficialmente la ciudad. No localizo la medina, pero no quiero entretenerme demasiado, por lo que paro sólo un momento para tomar un café y escribir una postal. Son las ocho y media. Después del café prosigo el camino, y me dirijo de nuevo hacia la autopista; sin embargo, lo que me encuentro es la carretera general, con una sola calzada para cada sentido. No me importa porque todavía es temprano, y puedo hacer el resto del trayecto –unos 138 kilómetros hasta Rabat- con toda tranquilidad; además, la carretera general atraviesa las poblaciones intermedias, lo que permite observar a las gentes y hace el viaje más interesante. A mitad del camino paro a dos militares, uno de mediana edad y otro más joven, que se encontraban haciendo autoestop, lo cual no es nada raro en Marruecos. El más joven muestra un gran interés por comunicarse conmigo; habla un francés con una pronunciación muy fuerte, pero consigo entenderlo. Le cuento brevemente el viaje que estoy realizando. En un momento dado comienza a hablarme en árabe, quizás por ver si soy capaz de entender su lengua; pero no consigo entender absolutamente nada. Le digo –en francés- que no puedo entenderlo, pero que me gustaría aprender su idioma; me responde con unas palmadas amistosas en el hombro. Cuando nos despedimos ya fuera del coche, el más joven estrechó cordialmente mi mano, al mismo tiempo que rozaba su mejilla con la mía; con ello creo que trataba de darme la bienvenida a su país.

A las once –siempre hora de Marruecos- llegué a Rabat. Me encontré con una ciudad moderna, de amplias avenidas y un gran movimiento de gente. Aparqué el coche detrás de la estación de autobuses, al lado de la avenida de Mohamed V, la principal arteria de la ciudad, que va desde la Gran Mezquita Essouna hasta la avenida de Hassán II, y que recorre un flanco de las murallas ocre de la vieja medina. Me acerqué a la oficina de Correos para enviar la postal, y disfruté observando la rebotante vitalidad del corazón de la ciudad nueva. Me dirigí entonces andando hacia la medina, que se encontraba bulliciosa en ese momento, y comencé a buscar habitación. En los primeros establecimientos que entro –de los muchos que hay- me ofrecen invariablemente una habitación doble, igual que me ocurrió en Fez. Al fin conseguí encontrar una habitación individual a un precio razonable en un hotel cuyo único indicador era un cartel verde en el que podía verse una mano con el dedo índice extendido, y que yo bauticé como “El dedo verde”. Regresé entonces al coche, que seguía aparcado detrás de la estación de autobuses, en la ciudad nueva, y me dirigí de nuevo a la medina bordeando un costado de las murallas. Entré a través de una de sus innumerables puertas y aparqué en una concurrida acera en la que se encontraba un hotel y un animado café. Dejé mi equipaje en la habitación, y después de una refrescante ducha, salí a la calle para respirar el ambiente de la medina. Un muchacho me acompañó –tras preguntarle- a un restaurante lleno de lugareños, donde pude degustar una excelente comida casera. Después de la comida –que me pareció siempre excelente en todas partes-, me senté a tomar un café en una terraza

bajo unos soportales frente al mercado, donde la sombra se convertía en un refrescante privilegio. Sobre las dos y media volví a la habitación para descansar y evitar las horas de intenso calor; por el camino me detuve en una librería, donde compré una gramática breve de la lengua árabe escrita en francés.

Al atardecer, después de pedir información al muchacho del hotel, me di un largo paseo que duró varias horas, y que me llevó hacia la playa, la Kasbah de los Udayas –un pequeño recinto amurallado que alberga un reducido número de casas en su interior-, el zoco de la medina, con su rosario interminable de tiendas de artesanía: madera, cuero, metal...; en un momento dado salí de la medina y tomé la Avenida de Hassán II alejándome así del centro, para llegar a la impresionante Torre Hassán, un alminar inacabado de la que dicen que fue la mayor mezquita de Occidente, construida en el S.XII por el sultán Yacub al Mansur, el mismo que construyera las torres, gemelas a ésta, de la Giralda de Sevilla y la Kutubía de Marrakech. Junto a la Torre Hassán, en una gran explanada, se encuentra el suntuoso mausoleo de Mohamed V, padre de Hassán II y abuelo del actual Mohamed VI; se trata de un majestuoso edificio cuadrangular con una cripta en el centro, dentro de la cual se halla la tumba de mármol soberbiamente labrado del monarca. A lo largo de las paredes de la cripta se suceden un gran número de mástiles con la bandera de Marruecos, a la que tan aficionados son las autoridades marroquíes a juzgar por la frecuencia con que puede ser encontrada por todas partes. El techo es un espléndido artesonado de madera policromada; la lámpara de cristal que pende de él es una verdadera obra de arte. Ya después de cenar en uno de los pequeños restaurantes adosados al mercado di un último paseo por el zoco; y en todo momento, por todas partes, un reguero interminable de gente, gente de todas las edades, comprando, vendiendo, comiendo en los múltiples puestos callejeros, o paseando simplemente, como yo, por el solo gusto de observar; y siempre gente del pueblo, de humilde condición la mayoría, de mísera condición otros, mientras la floreciente clase media se europeiza en la ciudad nueva, y la restringida aristocracia cultiva delicadamente sus sentidos en los palacios de Rabat.

### *Miércoles 15 de julio*

Me despierto muy temprano –a las cinco y media, siete y media hora española-; abandono el hotel –“El dedo verde”- y desayuno en el café que se encuentra en la misma acera donde tengo el coche aparcado. Antes de desayunar, mientras dejo el equipaje en el maletero, se me acerca un muchacho de unos veinte años, y me pregunta –en un francés correcto- si voy a visitar la ciudad. Le contesto que ya lo he hecho, y que me dispongo a salir para Marrakech. Aún así me muestra un carnet con su foto, me explica que pertenece a una asociación para el desarrollo del turismo, y me pide un donativo; me desentendiéndome de él totalmente, y visiblemente enfadado me recuerda que debo dar una propina al guardacoches –todas las calles céntricas de Marruecos tienen un guardacoches-. Cuando salgo de desayunar me encuentro de nuevo con el insistente guía que me desea ahora buen viaje. Doy la propina acostumbrada al guardacoches, me despido amablemente del muchacho, y dejo Rabat siguiendo hacia el sur la carretera de la costa, donde el mar se bate plácidamente esa mañana.

Transcurridos unos 30 ó 40 kilómetros decido coger la autopista, que recorre gran parte de la costa atlántica y que discurre algo más al interior, pues aún me

quedan casi 300 kilómetros hasta Marrakech, y quiero hacer una parada antes en Casablanca, adonde llego a las nueve de la mañana. Una vez allí comienzo a recorrer calles y avenidas, y según me voy adentrando en la ciudad me encuentro con un verdadero caos circulatorio. La situación me recuerda al Madrid de los setenta. Decido entonces dejar Casablanca y continuar hacia Marrakech. Conforme voy avanzando hacia el sur el paisaje se hace cada vez más desértico y el calor más sofocante. En la mitad del trayecto paro en una población que se encuentra atestada de gente debido a un mercado que se está celebrando en un espacio abierto. Entro en una de las calles que forman los tenderetes, y comienzo a sentirme impresionado por el desorden y la suciedad que veo a mi alrededor; la mayor parte de la gente lleva unas ropas increíblemente mugrientas; empiezo a sentirme inseguro; hay demasiada miseria en el ambiente, por lo que opto por salir de aquel laberinto en el que apenas me he adentrado unos cincuenta metros, y reprimir mi curiosidad. Unos 70 kilómetros antes de llegar a Marrakech paro a tres militares que se encuentran haciendo autoestop –como tantos marroquíes...-. Pertenecen a un cuartel de las inmediaciones llamado Benguerir. Comienzo a entablar conversación con uno de ellos, más o menos de mi edad, que habla un francés muy fluido, aunque con una pronunciación tan fuerte que me dificulta su comprensión. Me comenta que Marrakech es la ciudad más turística de Marruecos, y que para hacerme una idea general del país eran necesarias por lo menos dos semanas. Cuando llegamos me dio su teléfono ofreciéndose a enseñarme la ciudad aquella misma tarde. Después de dejarles me dirigí hacia el centro de la urbe –orientado siempre por la magnífica Torre de la Kutubía– en una atmósfera inflamada por un calor asfixiante como jamás había experimentado. No me fue muy difícil encontrar una habitación ni un lugar donde comer. Antes de la siesta llamé a Haouarí –Jauarí–, que así se llamaba mi hospitalario anfitrión, y quedamos citados a las cinco de la tarde. Cuando llegó la hora bajé al patio del hotel, y como vi que tardaba, llamé de nuevo a su casa; una hija suya me dijo –en español– que su padre había salido ya a buscarme. Comencé a pensar que quizás no hubiera entendido bien la dirección del hotel, ya que en el momento en que lo llamé había muchísimo ruido en la calle. Decidí entonces salir a buscarlo, y afortunadamente, a pesar del inmenso gentío que deambulaba a esas horas por las calles principales, no me fue muy difícil localizarlo. Le acompañaba un hijo pequeño, muy lindo, de unos seis años. Efectivamente no había entendido bien el nombre del hotel. Aclarado el pequeño incidente, me llevó al zoco cruzando la famosa plaza Djemaâ el Fna –centro emblemático de la ciudad–, cuyo nombre significa “asamblea de los muertos” ya que allí era donde los antiguos sultanes hacían decapitar a los criminales para escarmiento público; las cabezas eran después expuestas durante un tiempo preservándolas de la putrefacción mediante un baño de sal, tarea que se encomendaba a los judíos, razón por la cual sus barrios en Marruecos se denominan “mellah”, término que significa “sal”. Después de un largo y ameno paseo por el zoco, y de un refresco reparador en la terraza de un café cercano a la plaza, nos despedimos, pues hacía muchísimo calor y el niño estaba visiblemente cansado. Quedamos citados para el día siguiente a la misma hora. Serían ya las nueve, y comenzaba a oscurecer. Me acerqué entonces a la plaza, que se encontraba ahora en el punto álgido de animación, con diferentes corros alrededor de músicos, contorsionistas, encantadores de serpientes, pronosticadores del futuro...En uno de los corros noté cómo me tiraban suavemente de la pernera del pantalón; me giré despacio, y me encontré con la mirada persistente y abiertamente sensual de un joven de dieciocho o diecinueve años. Le contesté con una mirada fija y dura que traducía

claramente mi rechazo; tardó muy poco en desaparecer. Después de cenar en un pequeño restaurante del zoco, me acerqué a la Torre de la Kutubía, que se hallaba bellamente iluminada; me senté más tarde en una terraza en una esquina tranquila de la plaza, donde repuse fuerzas saboreando un delicioso té con menta, y cuando me pareció oportuno, me retiré al hotel para dormir.

*Jueves 16 de julio*

La noche anterior había tomado una decisión: dejar Marrakech, y dirigirme hacia el norte buscando la costa atlántica hasta llegar a Tánger. Era consciente de que dejaba de ver monumentos importantes de la ciudad, como la medersa de Ben Yusef o el palacio de Dar el Makhzen –alojamiento del rey en sus estancias ocasionales–; pero había dos razones que me empujaban a tomar tal decisión: una, el intenso y omnipresente calor, que se volvía realmente agobiante; y otra, el asedio constante de los guías, que permanentemente te están importunando.

Aquella mañana me levanté muy pronto –a las cinco-. Dejé el equipaje en el coche, y me fui a desayunar. Antes de marchar, quería hacer unas compras; pero aún era demasiado pronto, y las tiendas estaban todavía cerradas. Aproveché para adentrarme en las calles interiores del zoco, un verdadero laberinto que en ese momento estaba prácticamente desierto. Sólo algunos mendigos que habían pasado la noche en los soportales, y algún tempranero como yo, hacíamos acto de presencia intempestivamente. Conforme recorría las calles, iba sintiendo una incómoda sensación de inseguridad; me parecía estar invadiendo impertinentemente la intimidad de los habitantes de la medina. Y, por otro lado, ¿Qué narices hacía yo a las seis de la mañana en aquel laberinto, sino oler las heces matinales, cuyas ofensivas emanaciones invadían la atmósfera a través de las alcantarillas?. Marruecos es el país de los olores: el fuerte y dulzón de las especias, el sanguíneo y visceral de las carnicerías, el olor profundo a huevo de las tiendas de huevos, el intensamente vegetal de las verduras, el acre y persistente del cuero curtido...y además, la diferente gama de olores corrompidos: el que desprenden los desechos que se amontonan durante días en los mercados, el que impregna por derecho propio los contenedores de basura –cuando los hay-, y el olor a mierda –a mierda literal-, que era el que yo olía en ese momento en aquellas calles vacías. Volviendo sobre mis pasos, me dirigí de nuevo a la Plaza de Djemaâ. Deambulaba por allí, cuando se me acercó un joven de unos treinta años, que me ofrecía un paseo en coche de caballos por cien pesetas; me llamó la atención que me lo dijera en pesetas –y en español-, con lo que estaba demostrando conocer perfectamente mi nacionalidad. También era de notar –y no dejaba de ser sospechoso- el precio irrisorio: cien pesetas. Rechacé firmemente su oferta, y le dije que estaba esperando a que abrieran las tiendas para hacer unas compras, y que después me marchaba de Marrakech. Y ese fue mi error: informar a este “cicerone a ultranza” de cuáles eran mis planes. Me dejó momentáneamente, pero no me perdía de vista. Entonces apareció un segundo joven ofreciendo también sus servicios. A este lo rechacé sin contemplaciones; sin embargo, tampoco se dio por vencido, y con cierto resentimiento me dijo: “los marroquíes tenemos el corazón de piedra”. En ese momento se acercó el primer guía, y comenzó a disputar con este segundo. Viendo que me iba a ser imposible desembarazarme de ellos, me decidí por el primero, que al menos hablaba –bastante bien por cierto- el español. Le dije qué cosas me interesaban, y me llevó a paso ligero –otra peculiaridad de los guías marroquíes- por las callejuelas del zoco. Después de visitar tres tiendas, y de regatear

con los respectivos vendedores para fijar el precio en la cuarta parte de lo que me pedían, le di 30 dirhams al guía que, con mucho sentido del humor, afirmó llamarse “Hassan tres mil” para diferenciarse de Hassan II. Cuando tuvo el dinero en la mano, me dijo —mostrando cierto nerviosismo impaciente— que él se quedaba en el zoco, y que me deseaba buen viaje. Me dio lástima, pues me pareció adivinar la causa de su repentina urgencia. Aún no terminó la lista de pedigüños, pues el guardacoches me pidió una camiseta —que le di-, y todavía cuando me alejaba en el coche, vi a un pordiosero viejo y mísero —que había visto la escena— echarse las manos a la cabeza, como diciendo: “¡Dios mío, qué oportunidad he perdido!”.

Antes de salir de Marrakech, telefoneé a Haouarí para despedirme; pude advertir su perplejidad en el tono de la voz; era lógico que no entendiera cómo abandonaba la ciudad habiendo llegado el día anterior. Después de echar gasolina, me puse en carretera hacia Casablanca, adonde llegué a las doce, y donde me detuve un momento para comer. A partir de Casablanca es fácil llegar a Rabat por la autopista que finaliza en Larache. Llegué a esta última población sobre las cinco y media, después de siete u ocho horas de conducción. Por el camino me planteaba la posibilidad de llegar a Ceuta, finalizando así el viaje, pero me parecía una forma demasiado precipitada de dar por acabada la gira; además, quería desquitarme de las incomodidades que había soportado en Marrakech.

Con esta actitud positiva, parece que los hados se pusieron de mi parte, pues al entrar en Larache, a pie de carretera en mi misma dirección, me llamó la atención un terreno acotado por una alambrada y cubierto de un césped cuidado, que me pareció un camping. Pregunté a un chico que estaba en la puerta, y me contestó con mucha amabilidad que aquello no era un camping, pero que podía entrar libremente. Una vez dentro pude saber —leyendo un rótulo que había a la entrada— que se trataba de un área de descanso para emigrantes marroquíes que se encontraban en viaje. Ya dentro me recibió una chica muy joven que hablaba un francés culto y fluido. Le expliqué que venía de Marrakech, y que me dirigía hacia Ceuta; pero que me encontraba cansado y había decidido parar para reponer fuerzas. Con una disposición extremadamente hospitalaria, me dijo que podía quedarme todo el tiempo que creyera conveniente, que había unos servicios donde podía asearme, además de una cafetería —y una mezquita que vi más tarde—, y que si necesitaba cualquier cosa, no dudara en pedírselo. Aquello era justo el reverso de lo que había encontrado hasta el momento en Marruecos, y era además lo que mi ánimo necesitaba. Después de ducharme y descansar un buen rato sobre un césped bien cuidado, me acerqué a Larache para dar un paseo y cenar. Siguiendo la carretera general se llega a la vía principal de la población, que desemboca en una plaza circular en el mismo centro urbano. A un lado de dicha plaza, en las calles adyacentes, hay un pequeño zoco, y saliendo por una calle ancha —prolongación de la vía principal— se llega a un paseo, bastante concurrido a esa hora, sobre un acantilado, desde donde se puede disfrutar de una vista panorámica muy bella: a la izquierda, las últimas casas de la medina rodeando el faro; a la derecha, una extensa playa de arena blanca; y al frente, hacia poniente, el océano Atlántico reflejando el sol de media tarde en una atmósfera totalmente nítida. Después de cenar en un bar de la vía principal, y un paseo por una calle peatonal repleta de puestos ambulantes y pequeños comercios, regresé al área de descanso para pasar la noche. Estaba tan cansado que, a pesar de que dormí dentro del coche —reclinando el respaldo del asiento del copiloto—, no me desperté hasta el

amanecer, sobre las cinco y media.

*Viernes 17 de julio*

Había descansado profundamente, y me encontraba con un ánimo excelente para realizar la última etapa: Larache hasta Tánger, y bordeando la costa del estrecho, llegada a Fnideq (Castillejos) en la misma frontera con Ceuta. Salí del centro de acogida muy pronto, sobre las seis y media, después de desayunar y reconfortado por el trato impecable que en todo momento me dispensaron en aquel lugar. A través de una carretera estrecha y poblada de curvas, que discurría paralela a la costa durante un largo tramo, me dirigí a Tánger. Un sol pálido y blanquecino trataba de abrirse paso entre la espesa niebla de aquella mañana; los rayos solares que en algunos momentos conseguían atravesarla daban al paisaje un aspecto bellamente irreal. Cuando apenas había recorrido 20 kilómetros, paré a un muchacho de unos trece o catorce años que estaba haciendo autoestop. Le pregunté que a dónde iba; por medio de gestos y palabras sueltas consiguió explicarme que quería ir a España. Decía palabras como “patera”, “España”, “Francha”, “dinera”..., y señalándose el mugriento chándal que llevaba puesto, y poniendo cara de desagrado, decía algo así como: “an na marrás”, que yo traducía como “estoy sucio”. Después hacía un gesto restregándose todo el cuerpo con las manos, y con la misma cara de desagrado, dando a entender que quería desprenderse de aquellas ropas. Conforme nos acercábamos a Tánger, no dejaba de pensar en qué distinta era la situación de aquel muchacho comparada con la de tantos otros de su edad que viven protegidos al amparo del hogar de sus padres. Antes de dejarle en Tánger le di 50 dirhams; cuando se vio con el billete, me miró con una cara radiante de gratitud y me besó la mano. Recuerdo perfectamente el rostro lleno de vida de aquel muchacho.

Ya en el puerto, aparqué para tomar un café y escribir algunas notas. Una mujer me preguntó si buscaba hotel, un muchacho me ofrecía cambiar dirhams, y en un bar me cobraron cinco dirhams por un café cuyo precio normal era de tres. Cogí de nuevo el coche y, subiendo por las cuestas empinadas de la medina, llegué a la parte nueva de la ciudad. Aparqué en una calle céntrica y me dispuse a dar un largo paseo; eran aún las diez de la mañana. Aproveché para llamar por teléfono a mi primo Rafael y avisarle de que llegaría esa misma tarde. Después de una vuelta de casi dos horas por Tánger, recorriendo las nuevas avenidas, el paseo marítimo hasta el puerto, y subiendo ahora a pie por las cuestas de la medina, llegué de nuevo al coche. Continué entonces por la carretera de la costa que pasa por Kasár Seguer y termina en Fnideq, en la misma frontera con Ceuta. El paisaje que se veía desde la carretera, que tomaba en algunos tramos gran altura, era siempre espectacular: las costas españolas separadas de las de Marruecos por un brazo de mar azul intenso, difuminado a veces por la blancura de la neblina habitual en el estrecho. Paré para darme un baño en una playa llena de lugareños; mientras comía un bocadillo en un chiringuito pude conversar con dos señores de edad que estaban sentados justamente a mi lado debido a la estrechez del sitio -los marroquíes no necesitan guardar una separación en los espacios públicos; para proteger su intimidad se limitan a hablar en voz baja; apenas vi mujeres sin compañía de hombres en las cafeterías-. Uno de los hombres hablaba perfectamente el español; era tangerino y trabajaba en Bélgica. A través de una conversación siempre amena y cordial me habló nostálgicamente del pasado de Tánger, cuando tenía estatuto internacional y gozaba de un ambiente moderno y cosmopolita. Decía con cierto orgullo: “¡Ah, Tánger! ¡La puerta de

África!”. Y lamentaba después la decadencia que había sufrido la ciudad a partir de su integración en el reino de Marruecos tras la independencia en 1956. Me habló también del atraso económico de su país, de la precariedad de la industria, del problema del agua...pero su visión del futuro era optimista. Antes de marcharme me recomendó por su belleza las playas que discurren entre Tetuán y Alhucemas. Me despedí agradecido por la hospitalidad con que me obsequiaron durante el tiempo que permanecí allí.

Serían las cuatro de la tarde cuando decidí continuar mi camino. Paré en un restaurante para tomar un café, y a las cinco y veinte llegaba a la frontera con Ceuta; lo recuerdo con exactitud porque quería comprobar el tiempo que iba a tardar en cruzarla. Llevaba ya cumplimentada la ficha de salida y me iba acercando al primer policía. Me ordenó amablemente aparcar el coche para sellar el pasaporte en una ventanilla en la que solamente había dos personas guardando cola; las demás estaban atestadas con la gente que diariamente cruza la frontera para buscarse la vida. Un funcionario me cogió el pasaporte y con una diligencia insólita en Marruecos, me lo devolvió sellado en menos de un minuto. Volví al coche para continuar. Veinte metros más adelante un segundo policía revisó mi pasaporte, e inmediatamente había dos funcionarios que me ordenaron parar el motor del coche. El más joven, mientras me pedía que abriera el maletero, me preguntó que de dónde venía; le expliqué brevemente había salido de Ceuta el lunes, que había visitado varias ciudades de Marruecos, y que estaba ya de regreso. Me miraba con evidente simpatía, y con una amabilidad que me sorprendió me preguntó si era la primera vez y si me había gustado. Le contesté que sí a las dos preguntas y nos despedimos cordialmente. En la aduana española no me pusieron ningún impedimento, y me ordenaron seguir sin revisarme siquiera el pasaporte. Eran las ocho menos veinte –seis menos veinte en Marruecos- cuando comenzaba a circular por Ceuta. Volvía, después de haberme sumergido en una cultura tan distinta, repleto de impresiones nuevas, y experimentaba una sensación de felicidad por ello.

Ahora, en el momento en que acabo este pequeño relato cómodamente sentado en mi mesa de trabajo, hojeo una guía de Marruecos e imagino –y sueño- el próximo itinerario.